

RESEÑA

Christian Jacob

De los mundos letrados a los lugares de saber

Traducción de Horacio Pons, Buenos Aires, Ampersand,
2024, Colección Scripta Manent,
529 pp., 4 ilustraciones.

Marcela Coria

Universidad Nacional de Rosario
Facultad de Humanidades y Artes
Centro de Estudios de Filología Clásica "Lena R. Balzaretti"
Argentina

coriamarcela@hotmail.com

 <https://orcid.org/0009-0001-4217-3458>

Discípulo de grandes maestros como Jean-Pierre Vernant, Marcel Detienne y Pierre Vidal-Naquet, entre otros, el historiador Christian Jacob nos ofrece, en este libro, una apasionante historia de las prácticas letradas y eruditas y de la construcción, circulación y transmisión de los saberes en la Antigüedad y sus proyecciones hasta nuestros días. Publicado por primera vez en 2018 en francés, el volumen reúne textos publicados por el autor en el marco de una ambiciosa investigación de la que surgieron dos libros todavía no traducidos al español: *Lieux de savoir*, vol. 1, *Espaces et communautés* (2007) y *Lieux de savoir*, vol. 2, *Les mains de l'intellect* (2011). Afortunadamente, gracias a otra brillante apuesta de la Colección Scripta Manent de Ampersand, dirigida por Antonio Castillo Gómez, contamos hoy con una



meritoria traducción al español de Horacio Pons de este otro jalón en el recorrido intelectual del Dr. Jacob, especialista en el mundo antiguo y Director de estudios de *L'École des Hautes Études en Sciences Sociales* (EHHSS) y de investigación del *Centre National de la Recherche Scientifique* (CNRS), cuyos intereses van desde la historia de la geografía, la cartografía, las bibliotecas, los libros, la lectura, las prácticas eruditas y la transmisión de saberes en la Antigüedad grecorromana (específicamente la Segunda Sofística), hasta la antropología histórica y comparada de los saberes, con un enfoque interdisciplinario. Como explica el autor en el Prefacio (pp. 9-16), dos son los hilos que vinculan los textos aquí reunidos: por un lado, su “fascinación con la biblioteca de Alejandría y la actividad erudita que esta hizo posible” (p. 11), es decir, “los proyectos intelectuales, las técnicas de trabajo y escritura, la construcción de las tradiciones, la dimensión reflexiva y crítica de las grandes empresas eruditas” (p. 12) que se llevaron a cabo en ese lugar de saber privilegiado de la Antigüedad, y, por otro, el vertiginoso cambio, verificado en solamente un par de décadas, que supuso el revolucionario desarrollo de las tecnologías de la comunicación y la información, mutación que ejerció una influencia insoslayable en la reconfiguración de los modos, los tiempos y los espacios de trabajo propios de la investigación, proceso sobre el cual reflexiona largamente el autor.

Luego del Prefacio, comienza el primer capítulo, que se denomina “Alejandría” (pp. 17-121) y está dividido en tres apartados. En el primero, “Alejandría, siglo III a.C.” (pp. 19-53), ya desde las primeras frases, Jacob nos invita a viajar con la imaginación a aquella ciudad única en su tipo, fundada en el 331

a.C., en la que “el proyecto urbanístico y el proyecto político son de hecho indisociables” (p. 20). El autor describe las características de esa ciudad-palacio, especialmente el Museo como espacio para la conformación de una comunidad docta; la influencia de Demetrio de Falero y en general de los peripatéticos en la creación de ese lugar inigualable para el desarrollo de la cultura y del saber; de esa ciudad-biblioteca, abundante en rollos de papiro para la consulta de los eruditos y de la élite de la corte real; de las dinámicas alejandrinas del trabajo erudito, con dos lógicas de sentido contrario: por un lado, el afán de acumulación y universalidad del rey y su corte y, por otro, el deseo de control y organización de los letreados; de esa ciudad-laboratorio, con el incentivo a la investigación en todos los campos del saber; de esa ciudad-espejo, con el reflejo del encuentro de culturas, lenguas, religiones y tradiciones pertenecientes a miles de migrantes de todo el mundo entonces conocido; de la Alejandría que, desde una posición descentrada o “excentrada” (p. 48), propiciaba nuevos lazos simbólicos entre todos aquellos migrantes para “la construcción de una nueva identidad” (p. 51). En el segundo apartado, “El bibliotecario, el rey y los poetas” (pp. 55-76), a partir de un pasaje del *De architectura* de Vitruvio, el autor reflexiona sobre la fundación de las bibliotecas en general y la de Alejandría en particular y sobre otros rasgos sobresalientes de esta última: maneras de incrementar el acervo, lectura silenciosa y lectura en voz alta, importancia de la tarea crítica de los bibliotecarios en la edición de textos poéticos, etc. Finalmente, “Fragmentos de una historia de las bibliotecas antiguas” (pp. 77-121) incluye diferentes fuentes antiguas (Jenofonte, Ateneo, Estrabón, Plinio el Viejo e incluso el léxico *Suda*) que “nos ofrecen puntos de vista

histórica y culturalmente situados sobre las bibliotecas, los textos y los libros en la Antigüedad” (p. 120).

El segundo capítulo, “Mundos doctos” (pp. 123-237), contiene cinco apartados. En “Pero ¿qué ha sido de Sócrates?” (pp. 125-134) se revisa tanto la crítica platónica al saber depositado en los libros como su contraparte, la posibilidad del libro de conservar el saber. “Hacerse uno, hacer lugar” (pp. 135-161) se abre con una frase de Michel de Certeau sobre la tarea del investigador y está dedicada a cómo los lugares de saber llegan a serlo y a convertirse en espacios para el trabajo docto y la producción y difusión de los saberes por escrito, ámbitos que “no pueden separarse de los lugares de archivo y acumulación que son las bibliotecas” (p. 152). En “El círculo y el linaje” (pp. 163-171), tomados como dos modelos, prima el postulado de que “inscribirse en un linaje es hacer de la genealogía una clave de la propia identidad y definirse como el eslabón de una cadena”, mientras que “pertenercer a un círculo es ser uno de los actores de una comunidad que se actualiza en la presencia de todos sus miembros y el tiempo performativo de sus reuniones” (p. 166). En el cuarto apartado, “La mesa y el círculo: Plutarco, Aulo Gelio, Ateneo” (pp. 173-219) -a mi juicio el más rico del capítulo- se desarrolla esta noción de “círculo” mediante el análisis de tres obras que dan cuenta de la vida intelectual de su época: *Charlas de sobremesa* de Plutarco, *Noches áticas* de Aulo Gelio y *Banquete de los eruditos* de Ateneo de Náucratis, todos de la época imperial. El análisis de estas obras como exponentes del aspecto social de la actividad intelectual de los letrados de la época es lúcido y riguroso; en particular, se destaca el diferente tipo de sociabilidad entre los dos banquetes descritos por los griegos

Plutarco y Ateneo, por un lado, que pretenden emular la práctica de los antigua *sympósia* del período clásico, y las conversaciones más informales, en cualquier momento y lugar, del romano Aulo Gelio. Finalmente, en “El espejo de las correspondencias” (pp. 221-237) se abordan los intercambios epistolares entre doctos como espacios relevantes para la construcción de saberes entre los correspondentes y también entre ellos y sus lectores posteriores.

“Prácticas letradas” es el nombre del tercer capítulo (pp. 239-360), dividido también en cinco apartados. “El mapa de los mundos letrados” (pp. 241-276) analiza las culturas letradas, es decir, aquellas en las que el libro como soporte del texto es un medio privilegiado para la producción y transmisión de saberes y en las que la acumulación de los libros “crea un campo intelectual y espiritual particular” (p. 243). En “Fundar” (pp. 277-291), volvemos a la fundación de la biblioteca de Alejandría en el palacio de los Ptolomeos, pero el eje está puesto en dos metáforas: el eje y el espejo, la primera de las cuales refiere a las tradiciones que “constituyen algo así como un pivote que atraviesa los estratos sucesivos de una cultura” (p. 281), y la segunda, a “espacios de proyección sobre los cuales hay comunidades que trabajan en la elaboración de su propia identidad” (p. 286) mediante “la mediación de los textos y de técnicas intelectuales apropiadas” (p. 287). “El arte de leer” (pp. 293-319) se detiene en la lectura, y sobre todo la lectura docta, como “una experiencia de la alteridad, pero también un trabajo sobre sí” (p. 296) y retoma la idea de Certeau de que leer es un “acto subversivo, afirmar una libertad” (p. 295). En “Retratos de lectores: Aulo Gelio, Ateneo de Náucratis” (pp. 321-345) volvemos a dos de los

autores examinados en el capítulo anterior, y se nos invita “a reflexionar sobre el uso que hicieron de los libros y las bibliotecas, y el modo en que la lectura pudo alimentar su proyecto de escritura” (p. 321). Otra vez (con algunas inevitables repeticiones), el análisis de estos autores nos ofrece la posibilidad de indagar cómo, en sus obras, ambos reflexionaron sobre las prácticas de lectura y el manejo de una tradición erudita. Por último, en “El imperio de las fichas” (pp. 347-360), el autor aborda el dispositivo, ciertamente económico, del fichero, un “instrumento de poder” (p. 356) que “materializa cierta concepción del saber e incluso el saber mismo” (p. 350) y que está guiado “por una doble lógica, centrípeta y centrífuga” (p. 353) en tanto reúne, pero también dispersa, en el espacio y en el tiempo.

El cuarto y último capítulo, “Los gestos del pensamiento” (pp. 361-494), está dedicado principalmente a la analogía entre la mano y el pensamiento y a una extensa consideración sobre el proceso de investigación. Tiene seis apartados. Bajo “Las manos del intelecto” (pp. 363-385) subyace la idea, con fundamentos en Bourdieu y Certeau, de que la actividad intelectual, docta, tiene asociados gestos específicos realizados por los actores que la llevan a cabo, gestos concebidos y estudiados desde la antropología histórica de las prácticas doctas. En la misma línea que el apartado anterior, en “Cuando pensar es hacer” (pp. 387-397) se plantea que “los saberes son indisociables de las operaciones que los producen, los comunican y los transmiten” (p. 387), así como se había expresado en los dos volúmenes publicados de *Lieux de savoir*: “el saber hacer del artesano o del artista moviliza la destreza y la imaginación, la experiencia y la anticipación, la reflexión y la concepción” (p. 388); así, existe la

posibilidad de pensar “una antropología simétrica: hacer es pensar, pensar es hacer” (p. 388). En “El elogio de la mano es también el del pensamiento” (pp. 399-408) continúa la argumentación a favor del poder de la mano en el manejo de las herramientas para el conocimiento. “Puesta en orden, puesta en forma de los saberes: por un enfoque comparativo” (pp. 409-430), es un apartado teórico en el que el autor propone un “diálogo comparatista” (p. 410) entre diferentes culturas letradas de todo el mundo. En “Preguntas sobre las preguntas: arqueología de una práctica intelectual y de una forma discursiva” (pp. 431-469), se encara el estudio del género conocido como “literatura de preguntas y respuestas”, con una indagación sobre la interrogación como modalidad del discurso (utilizada, por supuesto, ya desde la Antigüedad) y como herramienta para la construcción del saber (los diálogos de Platón son un ejemplo típico), pero también como expresión de las “operaciones intelectuales implicadas [...] y el contexto de interacción social” (p. 468). Finalmente, en “¿Qué es investigar?” (pp. 471-494) Jacob vuelve sobre las características del proceso investigativo (la reflexividad y la deconstrucción del ideal romántico del investigador) y analiza las posibilidades que se abren a partir de las humanidades digitales.

A continuación, se incluyen varios apartados de suma relevancia para quien desee profundizar en los temas abordados en el libro: “Origen de los textos” (pp. 495-497) en el cual se reitera que la mayoría de los textos reunidos aquí se publicaron de manera independiente, en obras colectivas o en publicaciones periódicas, pero también se aclara que sufrieron modificaciones para esta edición; “Fuentes antiguas: principales textos comentados” (pp.

499-500), “Bibliografía” (pp. 501-522), “Índice selectivo de lugares” (pp. 523-524), “Índice selectivo de nombres” (pp. 525-528) y “Agradecimientos” (p. 529).

Este brevísimo resumen no es capaz de dar cuenta de la riqueza de este libro verdaderamente notable. La erudición de Jacob, además de su amable estilo y de su claridad en la exposición de los argumentos, nos invita a transitar un camino intelectual sumamente fértil y variado. Desde el proyecto erudito concretado por la voluntad política de Ptolomeo I en Alejandría hasta las humanidades digitales, a cuyo presente estamos asistiendo hoy pero cuyo futuro desconocemos, el autor despliega numerosas posibles líneas para profundizar en los temas tratados; y en esto radica, a mi juicio, el principal aporte del libro, cuya lectura es recomendable no solamente para los estudiosos del mundo clásico, sino también para el público no especializado pero interesado en la cultura letrada, sus actores, sus lugares, sus círculos, sus influencias y sus gestos.

Marcela Coria es licenciada en Letras con Orientación en Lenguas y Literaturas Clásicas y Doctora en Humanidades y Artes con mención Filosofía por la Facultad de Humanidades y Artes de la Universidad Nacional de Rosario, Argentina. Profesora Titular de Lengua Griega I y Lengua Griega II en la misma Facultad, donde dirige el Doctorado en Filosofía y el Centro de Estudios de Filología Clásica “Lena R. Balzaretti”.